

REPLICA A UNOS ATAQUES CONTRA ESPAÑA

Acaba de publicarse en Nueva York un libro titulado *España y la defensa de Occidente. Aliado y compromiso*. Su autor, Arthur P. Whitaker, es profesor de Historia de la Universidad de Pensilvania, licenciado por Harvard y por Tennessee, y ha servido en el Departamento de Estado.

Por los títulos que reúne el profesor Whitaker se piensa, antes de leer este trabajo, que vamos a enfrentarnos con una obra seria, científicamente sólida y profesionalmente honesta. Nueve páginas de bibliografía nos hacen más firme esta hipótesis.

Pero desgraciadamente la realidad no puede alejarse más de estas esperanzas. Al señor Whitaker no le interesa la verdad histórica, si no se ajusta ésta a sus objetivos políticos; cuando quiere lanzar una calumnia grave contra una persona del Gobierno, con la intención de que el lodo en que va envuelta manche también a todos sus compañeros de Gabinete, no tiene escrúpulos en hacer una cita en la forma siguiente: «Se dice que...». No es excusa el decir que no tuvo ocasión de poder comprobar esa calumnia, pues Whitaker, desde 1924 hasta ahora, ha visitado frecuentemente España, «interrogando durante muchos cientos de horas» a personas con las que ha discutido los diversos problemas de que trata en su libro, consultado archivos tanto en España como en Washington, etc. Claro, lo que no dice en el preámbulo, de donde tomamos esta referencia, es que de todo este material ha hecho luego una selección, de acuerdo con sus necesidades políticas. Muy discreto, aparentemente, con sus informadores, ya que dice en este prólogo que «la posición oficial de muchos de ellos hace imposible el que revele sus nombres»; en cambio, encuentra muy normal el acusar de delitos comunes, sin molestarse en dar pruebas, no sólo a personas concretas, sino a institutos armados y a la Administración española como tal¹.

¹ Al hablar del teniente general Barroso, dice «ahora hombre rico», y «del que se dice que ha hecho su fortuna desde el final de la guerra» (pág. 140).

El autor podía, si hubiese querido aclarar este punto en bien poco tiempo, com-

Es evidente que por una razón de temperamento los españoles, a través de estos veinticinco últimos años, no hemos respondido a las calumnias de que hemos sido objeto, con la misma tenacidad y la misma fuerza empleada por nuestros enemigos. No va a nuestro carácter el descender a una lucha desigual entre la verdad, que todo el mundo puede comprobar, y la falsedad y la calumnia convertidas en arma política. Quienes planean esas campañas con esas armas de propaganda, lo hacen y lo seguirán haciendo siempre, porque no pueden olvidar que tuvieron casi en sus manos el fruto maduro de la Península Ibérica, y que el coraje del pueblo español les derrotó militar y políticamente: la única *derrota completa* que han tenido en el mundo no se olvida fácilmente.

Por eso, al dar por terminada la lectura del libro en cuestión, venía a nuestra memoria una cita de un poeta comunista, Bertold Brecht: «Quien pelea por el comunismo tiene que ser capaz de pelear y de no pelear, *de decir la verdad y de no decirlo*, prestar un servicio y negarlo, mantener una promesa y quebrantarla, ir al peligro y evitarlo, ser conocido y ser desconocido. Quien lucha por el comunismo tiene de todas las virtudes una sola: que pelea por el comunismo»².

Ahora bien, el verdadero comunista tiene su mérito, porque encauza sus actos hacia un fin que es su ideal. Lo triste es la postura de quienes, incluso afirmando ser enemigos suyos, contribuyen gratuitamente y con efectividad positiva a ese fin.

Cuando estos errores no pasan del campo puramente especulativo, la cosa no tiene tanta trascendencia como cuando se implica la vida de los pueblos, cuando, por culpa de estas posturas, caen bajo el yugo de la esclavitud países con millones y millones de hombres que creyeron un día, con buena fe, en estos cantos de sirena democrática. Los españoles han vivido este drama en su propia carne, hemos sido los precursores, por haber sido

probar que el teniente general Barroso, hijo de un distinguido ministro de la Monarquía, y su señora, pertenecen a familias de muy buena posición económica: los consejos de administración a que hace referencia Whitaker los obtuvo por su fortuna y por su familia; concretamente, por su hermano Eugenio Barroso, destacado jefe de la Telefónica. Renunció, efectivamente, a estos consejos de administración al ser nombrado ministro del Ejército. Por lo que concierne a haber casado bien a dos hijas, creo que cualquier español que las conozca no se sorprende de ello. Su hijo, del que también se dice hizo buena boda, es un distinguido diplomático.

En estos «chismes», desgraciadamente, Mr. Whitaker ha coincidido con Radio España Independiente, que ha hecho al general Barroso objeto de análogas acusaciones.

² FRANK S. MEYER: *The Moulding of Communists*, pág. 25.

escogidos como víctima especialmente deseada; por eso somos intransigentes y no cedemos en nuestras posiciones.

Los ataques han sido tantos, están tan desenmascarados, que en muchas ocasiones les prestamos oídos sordos. Pero hay momentos, como en el caso de *Spain and Defense of the West*, en que vienen envueltos en ropajes de falsa santidad académica y grandes pretensiones científicas, y no podemos por menos de comentar unos cuantos pasajes y refrescar la memoria de las gentes.

Veamos algunos puntos:

EL MOVIMIENTO NACIONAL

«El Movimiento Nacional fué únicamente uno más en la lista de "cuartelazos" o revueltas militares que han salpicado la historia de España desde 1820.» «En verdad, el Gobierno que él (el General Franco) atacó, era una República representativa del tipo habitual de Occidente», en la cual el comunismo era una «insignificancia» (pág. 113). A los conocimientos históricos del profesor Whitaker escaparon todos los planes soviéticos existentes desde 1931 para conquistar la Península Ibérica. Trotsky, en un folleto titulado *La revolución de España*, publicado en enero de dicho año, al anunciar la caída inminente de la Monarquía, declaraba que la reacción internacional debía de renunciar a toda esperanza de restablecer el orden en la Península Ibérica.

Veamos, señor Whitaker, cómo fueron los hechos:

Desde los primeros meses de la República, la U. R. S. S. dedicó especial atención al aumento del número y la calidad de sus afiliados en España. En poco tiempo, de unos 800 afiliados, la sección ibérica del partido comunista pasó a 12.000. En noviembre de 1933 el partido comunista obtuvo 400.000 sufragios. En 1933, la Comisión ejecutiva de la Internacional comunista de Moscú podía comprobar con satisfacción el auge que tomaba el partido comunista español. Por esa época, Yvon Delbos, ex ministro de Negocios Extranjeros de Francia, visitaba una exposición de la villa de Moscú, consagrada a la revolución española, y decía: «Se siente en esta visita una especie de olor a sangre»³.

El partido comunista, desde el primer momento, intentó practicar la

³ V. *Feux croisés sur l'Espagne*, de Marcel Chaminade. Editions Denoël. París, 1939.

revolución armada; hubo tentativas en 1931 y en 1932 en Cataluña; en 1933 en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla y Lérida. En Cádiz, en Casas Viejas, se llegó a proclamar el régimen comunista.

El objetivo de instaurar una dictadura roja era tan claro que Pinillos, un conocido agitador, decía en *Renovación*: «La revolución sigue su marcha triunfal. Las primeras etapas de la estrategia revolucionaria están cubiertas: ya no faltan más que unos cuantos cartuchos de dinamita.»

Y así nos aproximamos a la revolución de octubre de 1934, que el socialista Largo Caballero preconizaba diciendo: «Tomaremos el Poder por la fuerza.» Asturias, Cataluña y otras provincias españolas fueron víctimas de este nuevo intento. El balance: 1.372 muertos, 2.921 heridos, 63 edificios públicos, 58 iglesias, 26 fábricas, 58 puentes, 730 casas total o parcialmente destruidos. El botín de armas cogido a los revolucionarios: 89.354 fusiles, 33.211 revólveres, 31.345 bombas, 10.823 kilos de dinamita, 1.000 ametralladoras y fusiles ametralladores. Esto, señor Whitaker, tampoco fué «un cuartelazo». Por lo menos, no nos lo pareció a quienes lo vivimos.

En vista de esta derrota sufrida por quienes el autor del libro que comentamos califica de «insignificantes», el 23 de julio de 1935 el VII Congreso de la Internacional Comunista estudió el fracaso habido en España en octubre de 1934 y en Viena en 1935. Manuiski fué quien analizó las causas de la derrota; el delegado alemán Wilhelm Pieck fué quien trazó las directrices futuras: «Es necesario constituir el frente único, y el comunismo debe ser su animador. Los comunistas no pueden desentenderse del régimen político establecido en tal o en cual país capitalista. Debemos luchar unidos a todos aquellos que en cualquier medida permanecen fieles a la democracia burguesa, a fin de extender sus libertades y merced a ellas luchar por la democracia proletaria y nuestro poder único»⁴.

En los meses anteriores a la guerra civil, las relaciones entre comunistas y socialistas fueron muy amistosas, a tal extremo que Largo Caballero, secretario general de la U. G. T., prestó todo su apoyo a la fusión de las organizaciones obreras socialistas y comunistas. En marzo de 1936, la sección de Madrid del partido socialista, presidida por Largo Caballero, decidió proponer al próximo Congreso Nacional la fusión del partido comunista y del socialista. Esta actitud fué muy aplaudida por el «leader» comunista español José Díez, «ya que lleva al camino de la revolución, al camino del partido comunista y de la Internacional comunista». No sabemos cómo justificará esto el señor Whitaker, que tan enfadado se pone cuando se sos-

⁴ *El Frente Popular en España*. Madrid, 1948.

tiene que el partido socialista español era diferente al de otros países y que «estaba infectado con el virus más maligno de violencia revolucionaria» (página 182)⁵.

Largo Caballero pronunció discursos por toda España proclamando que el programa del Frente Popular no podía resolver los problemas de España «y que era necesario una dictadura del proletariado» (por ejemplo, discurso de Oviedo, *La Libertad*, 16 junio 1936).

El 31 de enero de 1936, escindido el partido en dos fracciones, una gubernamental y otra partidaria de la violencia, se celebran elecciones entre sus miembros para designar la Comisión ejecutiva. Y quiera o no aceptar estos hechos el señor Whitaker, triunfan Largo Caballero y Alvarez del Vayo. Alvarez del Vayo decía en un mitin de Madrid: «Tenemos que decir a los proletarios que una vez abierto el camino tienen que seguir adelante hasta que se levante sobre las ruinas de la sociedad capitalista otra nueva sociedad socialista, de progreso, como se ha levantado ya en la sexta parte del mundo, en la Unión Soviética.»

¿Qué sucedió después en esa *República tipo occidental clásica* que nos quiere presentar el señor Whitaker? Dejemos la palabra al señor Alcalá Zamora, su Presidente, que en 17 de enero de 1937 decía en el *Journal de Genève*: «El Frente Popular se adueñó del Poder el 16 de febrero gracias a un método electoral tan absurdo como injusto, y que concedía a la mayoría relativa, aunque fuese una minoría absoluta, una prima extraordinaria. De este modo hubo circunscripción en que el Frente Popular, con 30.000 votos menos que la oposición, pudo, sin embargo, conseguir diez puestos de un total de trece, sin que en ningún sitio hubiese rebasado en un 2 por 100 al adversario más cercano. Este caso paradójico fué bastante frecuente.»

«Al principio se creyó que el Frente Popular resultaba vencido. Pero cinco horas después de la llegada de los primeros resultados se comprendió que las masas anarquistas, tan numerosas y que hasta entonces se habían mantenido fuera de los escrutinios, habían votado compactas. Querían mostrar su potencia, reclamar el precio de su ayuda: la paz y tal vez, ¡ay!, la misma existencia de la Patria.»

A pesar de los esfuerzos sindicalistas, el Frente Popular obtenía solamente unas pocas más, muy pocas más de doscientas actas en un Parlamento de 473 diputados. Resultaba la minoría más importante, pero la mayoría absoluta se le escapaba. Sin embargo, logró conquistarla, consumiendo dos

⁵ Sobre las concomitancias entre comunistas y socialistas, v. *The Grand Camouflage*, by Burnett Bolloten. London, Hollis and Carter, 1960.

etapas a toda velocidad, *violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia.*»

«*Primera etapa:* Desde el 17 de febrero, incluso desde la noche del 16, el Frente Popular, sin esperar el fin del resultado del escrutinio y la proclamación de los resultados, la que debería haber tenido lugar ante las Juntas Provinciales del Censo el jueves 20, desencadenó en la calle la ofensiva del desorden: reclamó el Poder por medio de la violencia. Crisis; algunos gobernadores civiles dimitieron. A instigación de dirigentes irresponsables, la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales: en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados.»

«*Segunda etapa:* Conquistada la mayoría de este modo, fué fácil hacerla aplastante. Reforzada con una extraña alianza con los reaccionarios vascos, el Frente Popular eligió la Comisión de validez de las actas parlamentarias, la cual procedió de una manera arbitraria. Se anularon todas las actas de ciertas provincias donde la oposición resultó victoriosa; se proclamaron diputados a candidatos amigos que habían resultado vencidos. Se expulsó de las Cortes a varios diputados de las minorías. No se trataba solamente de una ciega pasión sectaria, sino de la ejecución de un plan deliberado y de gran envergadura. Se perseguían dos fines: hacer de la Cámara una Convención, aplastar a la oposición y asegurar al grupo menos exaltado del Frente Popular. Desde el momento en que la mayoría de izquierdas pudiera prescindir de él, este grupo no era sino el juguete de las peores locuras.»

«De este modo, las Cortes prepararon dos golpes de Estado parlamentario. Con el primero se declararon a sí mismas indisolubles durante la duración del mandato presidencial. Con el segundo me revocaron (de la Presidencia de la República). El último obstáculo estaba descartado, en el camino de la anarquía y de todas las violencias de la guerra civil...»

Entonces el comunismo inicia el asalto al Poder. La Pasionaria dice que «la acción parlamentaria debe de ir enlazada con la lucha en la calle». La oleada de barbarie sacude a España: asesinatos, secuestros, asaltos a la propiedad, a iglesias, conventos, centros políticos. Se registran 140 muertos, 520 heridos, 246 ataques a mano armada, 58 explosiones de bombas. El diputado radical Salazar Alonso dijo: «Se ha superado en barbarie a Rusia».

Don José María Gil Robles, que el autor cita repetidas veces en la lista de miembros de lo que llama «oposición desleal» al régimen actual español, manifestó en esos días ante las Cortes: «A los que estamos dentro de la

legalidad se nos persigue y atropella, y no encontramos la mínima garantía, no ya para emitir un sufragio, sino de vida.»

Se hace saltar de la Presidencia de la República a Alcalá Zamora, y él mismo nos dice las razones que tuvo para aceptar tal solución. «Me vi —escribió en *L'Ere Nouvelle*, de París—en el dilema de resistir, contando con el apoyo seguro de la mayoría de la población, o someterme a una injusticia. Me vi obligado a elegir entre una guerra civil próxima e inevitable, que debía estallar en el plazo de muy pocos días, y el peligro de una guerra más lejana, pero más intensa, aunque hipotética. En ese momento trágico no vacilé, prefiriendo esperar que triunfara el Frente Popular. *Si no resistí jué por evitar la guerra civil, pero de todos modos era inevitable*, aunque no he cargado con la responsabilidad de desencadenarla.»

Los hechos se precipitan: se uniforman y se militarizan las milicias rojas. El 1 de mayo se hace una demostración marxista monumental en honor del Ejército rojo en toda España.

«Vamos a la dictadura del proletariado», dice Margarita Nelken, diputado socialista.

«Implantaremos la dictadura del proletariado», afirma Largo Caballero en Cádiz el 24 de mayo de 1936.

Sobrevino entonces el asesinato del jefe de la oposición parlamentaria, don José Calvo Sotelo. Este hecho, como reconoce el señor Whitaker en la página 108 de su obra, «encendió la guerra civil en 1936». En seis palabras explica el autor el motivo inmediato de aquella guerra, que costó un millón de muertos y que constituye el tema determinante de la obra entera. No se comprende bien cómo un hecho tan insignificante que puede ser despachado en seis palabras pudo ocasionar semejante hecatombe. ¿Qué clase de asesinato fué el de Calvo Sotelo? El señor Whitaker, escrupuloso compulsador de datos y minucioso analista de los hechos políticos españoles, debe saberlo. Pero no lo dice. ¿Quién asesinó a Calvo Sotelo? Whitaker lo silencia igualmente. O no lo sabe, en cuyo caso su prestigio de historiador competente queda gravemente afectado, pues se trata de un hecho histórico perfectamente documentado y fácil de recordar; o no lo quiere decir, en cuyo caso la que queda gravemente averiada es su honestidad profesional. Pues si aquel asesinato «encendió la guerra civil», que tanta sangre y tinta ha hecho verter, bien merece la pena de pararse un poco a escudriñarlo, por si proyecta alguna luz sobre el resto de la historia. Vamos a tratar de suplir la amnesia del señor Whitaker: El asesinato de Calvo Sotelo fué un crimen de Estado, si alguna vez ha habido uno, y lo realizó el Gobierno de aquella «República

representativa del tipo habitual de Occidente» que inspira las nostalgias del señor Whitaker. Públicamente amenazado por el jefe del Gobierno en el Parlamento, coreado por los gritos de los diputados socialistas y comunistas, con las palabras «¡Hay que arrastrarlo, morirá con las botas puestas, hay que taponarle la boca para siempre», en la sesión de las Cortes del día 16 de junio, en la noche del 12 al 13 de julio, y tras haberse planeado el golpe en la Dirección General de Seguridad entre el subsecretario de la Gobernación don Carlos Esplá, el capitán de la Guardia Civil don Fernando Condes, y el teniente de Asalto Máximo, salió una camioneta de la Dirección General de Seguridad con las siguientes indicaciones en la portezuela: «Dirección General de Seguridad, número 17, Compañías de Asalto», que se dirigió al domicilio de la víctima elegida, en la calle de Velázquez, número 87. Iban en la camioneta el capitán de la Guardia Civil Condes, el guardia Julián Rey, tres guardias de asalto, de uniforme, y varios pistoleros de las escoltas de Indalecio Prieto y Margarita Nelken.

El grupo se apoderó por la fuerza de Calvo Sotelo y le hizo subir a la camioneta, sentándose inmediatamente detrás de él el pistolero Victoriano Cuenca, de la guardia personal de Indalecio Prieto. Partió la camioneta, y al llegar a la calle de Lista, Victoriano Cuenca descargó dos tiros de pistola en la nuca del diputado. Así se cumplió la sentencia dictada en las Cortes por el jefe del Gobierno al decir que «si algo pudiera ocurrir, su señoría (Calvo Sotelo) será el responsable con toda responsabilidad».

Entonces se levantan los españoles, *sin la ayuda de Alemania y de Italia, frente a la «otra España», apoyada por Moscú.*

A este respecto, don Alejandro Lerroux dice en su *Historia de la República de España*:

«El General Franco no se sublevó. Ni Franco ni el Ejército se salieron de la ley, ni se alzaron contra una democracia legal y normal en funciones. No hicieron más que sustituirla cuando se disolvió en una anarquía de sangre, fango y lágrimas. La posteridad hará justicia al gesto heroico del General Franco y al impulso patriótico del Ejército español.»

Insistimos sobre este punto porque consideramos que si el Movimiento Nacional se explica como hace el autor, no hay manera de comprender sus consecuencias y su pervivencia. Con los textos y las citas aportadas, hemos querido demostrar que los españoles se alzaron el 18 de julio de 1936 contra un plan claro y evidente de Rusia para bolchevizar a España.

El señor Whitaker se olvida completamente de que al triunfar el nacionalsocialismo en Alemania, la Unión Soviética se consideró más que

nunca amenazada en su seguridad, como lo proclamó Molotov en el mencionado VII Congreso: «No debemos de olvidar que hay hoy en Europa un partido, en el Poder que ha proclamado como su misión histórica la de apoderarse del territorio de la Unión Soviética.» Por ese peligro, la URSS concluyó un pacto de ayuda mutua con Francia en 2 de mayo de 1935. Y en ese mismo Congreso se fraguó, como hemos visto, el plan para desencadenar la revolución en España. Así se neutralizaba el peligro de un ataque de Hitler a la U. R. S. S.⁶

Al silenciar el señor Whitaker estos hechos, puede luego explicar a su manera todo el proceso histórico.

LA PERVIVENCIA DE LA GUERRA CIVIL

El autor de *Spain and Defense of the West* dice (pág. 109): «España continúa aún dividida por los rencores de la guerra civil, y el General Franco ha hecho lo posible para que ello permanezca vivo.»

Contestaremos a estas palabras citando las de Carlton Hayes en su obra *Misión de guerra en España*, capítulo IX: «Después de todo, el régimen español representa aquella parte del pueblo español que ganó la guerra, y sería totalmente inédito en la historia del mundo el que los vencedores de un combate como éste dijese a los vencidos; después de cinco o seis años: "Lo sentimos, no deberíamos haber ganado; hemos ocasionado un desorden considerable, les queremos devolver el Poder y dar la bienvenida a vuestros jefes, dejándolos que hagan lo que quieran de nosotros". ¡Nos imaginamos al general Grant diciendo algo parecido a los jefes de la Confederación del Sur en plena reconstrucción después de nuestra guerra civil!»⁷

Y también las del Presidente Roosevelt: «Nosotros mismos, al igual que todos los pueblos que han pasado por las etapas difíciles de la liberación y la adaptación, sabemos por experiencia propia cuán grandes pueden ser las dificultades. Sabemos que no son dificultades exclusivas de continente o de nación alguna. Nuestra propia guerra de independencia dejó tras sí un torbellino de desórdenes y de menosprecio a la vida humana, como dijera uno de nuestros historiadores»⁸.

⁶ Véase *The Grand Camouflage*, de Burnet Bolloten.

⁷ *Wartime Mission in Spain*, by Carlton Hayes. New York. *The Macmillan CO.*, 1945. Ed. esp. de EPESA, 1946.

⁸ Mensaje al Congreso de 6 de enero de 1945.

Que el vencedor honre a sus muertos en el Valle de los Caídos, a blancos y a rojos, es un gesto de cristianos; olvidar las causas que produjeron esa catástrofe y dejar todo como si nada hubiese pasado, es de necios y de inconscientes ante un peligro que, si no se está alerta, puede volver a repetirse.

CARÁCTER ANTIDEMOCRÁTICO DEL RÉGIMEN ESPAÑOL

En su pliego de cargos contra España, Whitaker insiste numerosas veces en que el régimen español es una dictadura donde la libertad individual y el respeto al hombre no existen.

Es increíble, para corroborar esa afirmación, el cúmulo de chismes, rumores, frases, cartas, etc., que recoge el autor.

Pero su argumentación no nos convence, pues después de hablar tanto de la oposición y de las dificultades del Gobierno, llega a la afirmación siguiente: «La debilidad de la oposición, como consecuencia de sus divisiones internas, es aún una de las ventajas mayores del régimen de Franco.»

Y se nos ocurre en lógica pensar así: si la oposición es débil, quiere decir que la mayoría apoya al régimen, y entonces éste participa de una de las características más fundamentales de un sistema democrático, en los cuales, por razones de índole electoral, se da el caso, con alguna frecuencia, de que el Gobierno puede tener el Poder por una diferencia mínima con la oposición. Y, en cambio, en España, según el autor, la diferencia no sería mínima.

Tampoco vemos relación alguna entre la reiterada afirmación de que el Gobierno español es «dictatorial y absoluto», y luego su estudio detalladísimo del matiz político de las personas que están con el Gobierno, y que son, según él, monárquicos, carlistas, liberales, falangistas, de derechas cristiano-demócratas, de Unión Española, del Opus Dei, de Acción Católica, etc. Tampoco es carácter típico de un régimen dictatorial esta variedad de matices y tendencias que nos explica.

Otro aspecto que no entendemos de esa «férrea dictadura» es cómo, a pesar de la supresión de libertades, del poder tan fuerte que dice tiene la Policía, el señor Whitaker ha podido moverse con extraordinaria libertad las numerosas veces que ha estado en España, hablar con elementos oficiales, con miembros de la oposición, con personas juzgadas por los tribunales españoles, etc. ¿No cree el señor Whitaker que en una verdadera *dictadura* no hubiera podido hacerlo, o sí, a pesar de prohibírselo, lo hubiese intentado, no nos lo contaría?

LA AYUDA PRESTADA POR ALEMANIA E ITALIA EN NUESTRA
GUERRA DE LIBERACIÓN

En la relación de cargos que las campañas contra España han hecho, después de falsear las causas del Movimiento Nacional, dicen siempre que los españoles «rebeldes» ganaron la guerra *por la ayuda que les prestaron Hitler y Mussolini*.

Si el señor Whitaker hubiese tenido la suerte de que una de sus visitas a España hubiese coincidido con la llegada a Madrid de las tropas nacionales, el 7 de noviembre de 1936, habría podido comprobar, como lo comprobaron quienes entonces vivían en la capital de España, que en ese momento obtuvo el Gobierno rojo la ayuda de las Brigadas Internacionales, paralizando los esfuerzos del Ejército nacional a las puertas de la capital⁹.

Es una norma universal que los beligerantes busquen ayuda exterior. El Gobierno nacional aceptó voluntarios portugueses, alemanes, italianos, irlandeses, franceses, rusos, etc. El señor Whitaker puede comprobar en el propio Washington, en la Biblioteca del Congreso, hojeando los periódicos rojos de esa época, cómo, cuándo y de dónde llegaron a España las Brigadas Internacionales.

No creo que a un historiador como es Mr. Whitaker se le pase por alto la forma en que se llevó a cabo la ayuda de Moscú en este aspecto de la recluta de voluntarios: la actuación de Thorez, de Gottwald, de Togliatti y de Longo en el Comité que funcionó en París, en la Rue Lafayette, asesorado por el general soviético Karol Swierezewski, que adoptó el nombre de «general Walter».

En esos mismos periódicos podrá encontrar nombres conocidos, hoy más que entonces, de «demócratas» que fueron a luchar al lado del Gobierno de Madrid; estos demócratas se llamaban: André Marty, Josiph Broz (Tito), Randolpho Pacciardi, Iván Rukasinov, actual jefe del Estado Mayor General yugoslavo. El comandante Lastovicek, de la Brigada checa, director

⁹ Véase artículo del general Sperrle en *Die Wehrmacht*, mayo 1939, sobre llegada primeros voluntarios alemanes en noviembre de 1936. Respecto a los voluntarios italianos, las primeras «camisas negras» que vinieron a España no salieron de Italia hasta el 18 de diciembre de 1936. V. *Documents on German Foreign Policy, 1918-1945*, part. III. *Germany and the Spanish Civil War, 1936-1939*, pág. 169-173.

Según Walter Krivitsky, agente de la G. P. U. en Europa occidental, encargado de los envíos de armas a España roja, dice que la decisión sobre estas remezcas fué tomada en el mes de agosto de 1936, *In Stalin's Secret Service*, pág. 80.

de la cadena de radiodifusión del Gobierno de Praga. El coronel Szyr, ministro del Gobierno polaco; Karanov, director de Radio Varna; Walter Roman, del Ministerio de Defensa de Bucarest; Rajk, ministro del Interior de Hungría, etc.¹⁰.

Y, claro, al lado de todos estos «demócratas puros», figuraba un grupo de norteamericanos que tuvieron la desfachatez de bautizar a su Brigada nada menos que con el nombre glorioso de Abraham Lincoln.

Esto fué lo que Whitaker llama «una guerra civil al estilo de las guerras carlistas del siglo XIX».

LA NEUTRALIDAD ESPAÑOLA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En el pliego de cargos contra España que está unido a los nombres de San Francisco, Potsdam, Declaración Tripartita y O. N. U., el asunto de nuestra neutralidad en la pasada contienda representa un capítulo de importancia. Y para no fallar tampoco este punto, Mr. Whitaker lo desarrolla en las primeras páginas de su obra: «Franco no era contrario, sino que estaba ansioso, de entrar en la guerra con sus propias condiciones.»

Para enfocar este problema con objetividad hay, primeramente, que partir de una base fundamental: el concepto de neutralidad, tal como la concebían los tratadistas clásicos de Derecho internacional antes de la segunda guerra mundial, no puede encontrarse en esa contienda, por el carácter *total* de la guerra, y por las *presiones* de los combatientes sobre los neutrales en cuestiones de materias primas, sistema de navicerts, embargos, listas negras, etc.

Por eso los pocos neutrales que pudieron mantenerse como tales tuvieron que hacer una política de neutralidad *distinta* de la que mandan los textos clásicos. Veamos el caso de Suecia, y recordaremos que, pese a su voluntad, el Gobierno tuvo que permitir el paso de divisiones alemanas por el norte y por el sur del territorio, nada menos que para ocupar Noruega. Suecia entregó a Alemania material ferroviario en cantidades considerables,

¹⁰ V. *Les Brigades Internationales. L'aide Etrangère aux rouges espagnols*. Madrid, 1948.

Sobre el control soviético a que estaba sometido el Gobierno rojo español, tanto política como militarmente, véase *The Grand Camouflage*, ob. cit., cap. 25, pág. 269.

V. *¿Hacia dónde va España?*, por A. F. Loveday, ex presidente de la Cámara británica de Comercio. Traducción del inglés, Ed. Ziz-Zag. Santiago de Chile, 1948. Sobre ayuda militar a la zona roja, v. Pierre Héricourt, *Pourquoi mentir y Les Soviets et la France fournisseurs de la Révolution espagnole*.

minerales, aceros, etc., y tuvo que negociar con ambas partes cada uno de los barcos que, procedentes de Suramérica, avituallaban el país.

Ahora bien, en el caso de España, que no tuvo que llegar a esos extremos, el hecho de que se parasen los alemanes en Hendaya, el hecho de que no ocupasen Gibraltar, que no entrasen en nuestro protectorado de Marruecos, no es para Mr. Whitaker una habilidad diplomática. Sostiene que es un *mito* eso de que Franco «no estaba realmente del lado del Eje, sino que simplemente pretendía que lo estaba, en beneficio de España».

Dejemos todos los argumentos e informaciones que acumula el autor contra España, tales como la de un pacto secreto en virtud del cual Alemania obtenía facilidades en los puertos españoles. Si todo eso fuera cierto, ¿cómo se explica Mr. Whitaker que el propio Hitler escribiese a Mussolini el 31 de diciembre de 1940 una carta que dice: «Si España hubiese adoptado una lealtad hacia el Eje, la posición británica de Gibraltar no existiría más, y el ataque de las posiciones inglesas de Africa del Norte sería muy fácil»? ¹¹.

Y este otro informe: Cuarte General del Führer, 23 de agosto de 1941: *España*. «El Führer se ha expresado en términos amargos en relación a España y ha afirmado que este país le ha causado una verdadera decepción.»

Y por último, en 31 de diciembre de 1940, Hitler escribe a Mussolini profundamente impresionado por la situación que Franco cree comprometida: «España ha rehusado colaborar con las potencias del Eje. Creo que Franco va a cometer la mayor burrada de su vida. Deploro todo esto, porque por nuestra parte habíamos concluido los preparativos para atravesar la frontera española el 10 de enero y atacar Gibraltar a principios de febrero».

Estas contradicciones no nos las explicamos; quizá no lo sean para el profesor Whitaker.

LA PETICIÓN DE PENA

Los «fiscales» que ha tenido España en los últimos años, tras de recoger todos los «cargos» que vamos enumerando, formulaban la correspondiente petición de pena.

Y aquí, con un espíritu cuya calificación dejamos al lector, Whitaker

¹¹ *Europa hacia la catástrofe*, pág. 650 (documentos diplomáticos de la Italia fascista).

Cartas secretas entre Hitler y Mussolini, Ed. Pavois. París, 1945, pág. 105.

dice: «La buena suerte de Franco consistió en parte en el carácter de la victoria de los aliados, que no le castigaron cruelmente («ruthlessly»)(página 20).

Menos mal que ese furor nurembergiano que se desencadena en el autor se calma algo cuando exclama: «Ni un solo céntimo de la ayuda Plan Marshall fué a España» (pág. 34). Las penalidades, los sufrimientos que pasase el pueblo español, poco importan.

Otro de los «mitos» que encuentra Whitaker es el de que las condenas de que fué objeto España por parte del mundo después de la segunda guerra fueron contraproducentes, «porque en vez de debilitar a Franco, le fortalecieron».

En su afán de envilecer al pueblo español, el autor dice que ese «mito» se apoya en la leyenda de que los españoles, ante la amenaza de una intervención extranjera, se unen siempre, dejando de lado sus rencillas. Para apoyar su tesis contraria nos trae a colete el nombre del conde don Julián, que en el 711 abrió las puertas de España a los árabes por una disputa local.

Olvida, naturalmente, hechos un poco más próximos que ocurrieron en España al ser invadida por las tropas napoleónicas, y que prueban las características de la raza.

Efectivamente, existió el «julianismo» en el 711, y nosotros le llamamos traición. Volvió a existir ese mismo «julianismo» en 1936, cuando los rojos abrieron las puertas y las arcas de España, hipotecando la soberanía nacional, a las hordas comunistas. En el 711, en los montes de Asturias, frente a esa traición se levantaron los españoles honrados, al frente de los cuales estaba el rey don Pelayo. En 1936 tuvieron que levantarse nuevamente y volver a reconquistar España, en lo que Whitaker llama «lucha privada» y nosotros Guerra de Liberación¹².

Los que, siguiendo el compás marcado por Moscú, decidieron condenar a España y luego vieron que esta condena había surtido efectos contrarios, no quieren ni aún hoy confesar su falta de visión política y su enorme fracaso.

¹² Nos permitimos recordar al lector la nota que Alvarez del Vayo, como ministro de Asuntos Exteriores, remitió a los Gobiernos de Gran Bretaña y de Francia, ofreciéndoles, si ayudaban al Gobierno rojo, nuestros territorios en el norte de Africa. La nota fué dada a la publicidad por el Gobierno Nacional, que tuvo conocimiento de ella. V. *The Times*. Londres, 12 abril 1937.

SE TERMINA EL OSTRACISMO

El autor del libro que comentamos no sabe bien cómo explicar el cambio de rumbo que tuvieron que hacer los Estados Unidos para llegar a una inteligencia con España, que culminó en la firma del Pacto de Madrid de 1953. Aunque reconoce que ello se debía principalmente a que los Estados Unidos se encontraban en plena guerra fría, sin embargo achaca al Pentágono la mayor responsabilidad de «este mal necesario» y un poco también «al senador Pat McCarran y al representante A. E. O'Konski, que tenían en gran parte el punto de vista católico de la situación española». Con estas justificaciones estima *menos grave* el paso que hubo de dar el Gobierno de Truman.

También aquí vemos una contradicción en su razonamiento: por una parte, insiste en demostrar que el Gobierno de los Estados Unidos hace una política de ideales, cosa que no discutimos, pero, por otro lado, nos destaca siempre el sentido práctico y realista de Washington.

Veamos algunos ejemplos de esta política realista: al comparar el trato que se da a España y el que se ha dado a Portugal, dice que ello se debe a los lazos íntimos que le unen a Gran Bretaña, y a que éste cediese las Azores durante la pasada guerra a favor de los aliados. Motivo eminentemente realista. En otro sitio habla de la «sed de bases de Ultramar que produjo en Washington la crisis de Corea». También causa bien práctica.

¿No será que el autor no quiere ver que en la evolución de la política exterior después de la segunda guerra hay una fase en que los aliados, creyendo plenamente en la sinceridad soviética, se durmieron en sus laureles, y sólo despertaron cuando Moscú había clavado ya su garra, llevándose más pedazos del mapa del mundo? En este despertar, la posición de España era una pieza clave.

EL PACTO DE MADRID DE 1953

«Desde el punto de vista de Estados Unidos fué un mal necesario; *unnatural* por el carácter del régimen español, pero *necesario* como único medio de ganar acceso a las bases españolas.»

El lector puede llegar a pensar que ambas partes salieron, por lo menos, igualmente beneficiadas. No. En otro lugar afirma que «España fué el principal *ganador*», y más tarde dice «que el Gobierno de los Estados Unidos.

está satisfecho en su totalidad con el resultado de siete años de «matrimonio por conveniencia» con el régimen español. Claro está que al hacer este juicio de que España fué el «principal ganador», no destaca que en el sistema de contrapartida que los Acuerdos señalan corresponde sólo el 30 por 100 al Gobierno español para mejorar los medios de transporte internos y aumentar la producción de municiones y material militar; el 60 por 100 al Gobierno americano, para aplicarlo a las necesidades en pesetas que se produzcan en la construcción y mantenimiento de las instalaciones militares, y el 10 por 100 restante para gastos administrativos del Gobierno americano en España. Este régimen no se varió hasta 1958. Esta proporción en otros países, y en acuerdos análogos, no fué precisamente tan favorable a Estados Unidos. Por eso nos choca el calificativo de «principal ganador».

Si el autor estima que «el mal necesario» de esos acuerdos se debe precisamente al régimen español, creemos, como muchos americanos residentes en España, que gracias a ese «régimen» gozan entre nosotros de popularidad. Que gracias a ese «régimen» no se han exagerado y truncado por la Prensa, como en otros países, todos esos incidentes que unas unidades militares producen en un país que no es el suyo. Que por las medidas tomadas por ese «régimen» no se ha dicho en España, como en tantos otros sitios: «American go home».

POSIBILIDAD DE UN RÉGIMEN COMUNISTA EN ESPAÑA

«Una España que no fuese amiga (de los Estados Unidos), haría imposible la conservación de las bases», dice Whitaker.

El autor descarta fácilmente ese temor, apoyándose en dos razones: la primera, «porque está aún presente en la mente del país el horror de la guerra civil», y la segunda, «por la escasa importancia que tiene el partido comunista en España». La primera razón no concuerda con el carácter de «cuartelada» con que califica al Movimiento, y respecto a la segunda, no se hermana con otras afirmaciones que hace en el libro: «Los comunistas tienen una organización bien planeada y bien financiada» (pág. 384); «el obrero español es campo fértil para la propaganda comunista» (pág. 161); «la C. N. T. y la U. G. T. serán, indudablemente, una fuerza política importante en el país cuando se restaure en España la libertad política» (pág. 161).

Sobre su «insignificancia» vemos que en la página 185 dice: «No han olvidado cómo los comunistas españoles conquistaron el Poder con ayuda

de las armas soviéticas.» Y luego comenta que: «Según se dice, Radio España Independiente tiene en España más *escuchas que ninguna otra estación*». Todo ello no es insignificante.

Además, el autor parece ignorar que al partido comunista no se le puede juzgar por el número de afiliados. La revolución rusa triunfó gracias al esfuerzo de un grupo casi *insignificante* de bolcheviques. Después de la segunda guerra mundial hemos visto no pocos ejemplos en que un partido comunista, pequeño en número, aprovechando las facilidades que encontraba en la arquitectura política de esos países, se hizo con el Poder por un golpe de audacia¹³.

Para convencer al autor de esta realidad nos permitiremos refrescarle la memoria con una cita de un personaje que no considerará dudoso, «el Campesino», de su obra *La Vie et la Mort en U. R. S. S.*, 1939-49: «Con pocas excepciones, especialmente al principio de la guerra, ¡qué pocos españoles, políticos y militares, no recibieron con los brazos abiertos a los agentes comunistas, rehusando el hacerles el juego! Por lo menos yo era un comunista convencido, y mi actitud tenía alguna lógica; pero, ¿qué lógica había en la actitud adoptada por los otros? Sin esta falta de comprensión y sin esta complicidad casi general, hubiera sido imposible, en el curso de pocos meses, para un partido tan débil numéricamente como el comunista, penetrar y casi dominar a todo el aparato gubernamental. Sin esta falta de comprensión y esta complicidad, ¿cómo hubiese podido primero echar a Largo Caballero, apoyado por dos organizaciones tan fuertes como la U. G. T. y la C. N. T., y luego a Indalecio Prieto, y elevar al Poder a Juan Negrín, su instrumento ambicioso y dócil? No quiero excusar mis faltas, pero quisiera que todos confesaran las suyas. Si nosotros, comunistas españoles, somos responsables de abusos y de iniquidades y llegamos a dominar completamente o casi estuvimos a punto de hacerlo, fué porque los otros, con pocas excepciones, no se opusieron a ello. Los partidos comunistas del mundo tienen fuerza en proporción a la debilidad y a la vacilación de los otros partidos y de las organizaciones obreras y en virtud de cómo les hacen el juego. Esta fué la lección de España, y ésta es hoy la lección de Europa y del mundo. *Si comprenden esta lección se salvarán, pero si no, están perdidos.*»

Los españoles hemos comprendido esa lección. El señor Whitaker parece que no.

¹³ Sobre técnica comunista general, véase *The Moulding of Communists*, ya citado. Y sobre su actuación en España, *The Grand Camouflage*, también citado.

OTROS ATAQUES «MENORES» CONTRA ESPAÑA

Los lazos existentes entre España e Iberoamérica también los considera el autor perjudiciales a Estados Unidos, porque la alianza de éstos con el «dictador Franco» es muy contraria a las relaciones entre su país y los situados al sur del Río Grande.

Nosotros tenemos sobre este punto unas informaciones que el señor Whitaker debe conocer de sobra, pues son pura y simplemente publicaciones del Congreso de Estados Unidos al alcance de todos; en ellas se citan los errores de la política norteamericana, y se fijan las causas que motivaron todos los movimientos antiamericanos recientemente acaecidos en América del Sur.

En el primero de estos informes, hecho por el Comité de la Cámara de Representantes formado por Mr. Armistead I. Selden y otros, se habla del olvido en que ha tenido Estados Unidos a estos pueblos, de la necesidad de mayor comprensión, de una ayuda económica importante, etc. No vemos que se mencione el que a través de su viaje viesan estos distinguidos congresistas que las causas de la enemistad hacia Estados Unidos arrancaran del Pacto de Madrid¹⁴.

En otro informe del Senado, titulado «Revueltas comunistas antiamericanas», 26 de agosto de 1960, se repite una vez más que tanto las revueltas antiamericanas de Hispanoamérica como las de Tokio fueron claramente preparadas por Moscú, aprovechando la debilidad de los nuevos Gobiernos democráticos surgidos en los últimos años en Suramérica, usando las organizaciones obreras, que controlan aunque éstas no sean comunistas, etcétera etcétera¹⁵.

Pero al autor del libro que comentamos le es más fácil echar la culpa a España que reconocer la de Moscú.

También censura nuestras relaciones con los países árabes, acusándonos de doble juego entre éstos y Occidente. Lo que España ha hecho, y eso no es doble juego, es decir a Occidente que la U. R. S. S. aprovecharía los errores que con dichos países árabes se estaban cometiendo. La Historia, hasta fecha bien próxima, nos ha dado la razón plenamente.

¹⁴ H. RES.: *U. S. Government Printing Office.*

¹⁵ *Staff Study to the Committee of the Judiciary.* Washington, 1960.

Pero estamos acostumbrados a acertar en nuestros pronósticos y a que no se nos escuche.

Recordemos este ejemplo, bien conocido:

El 19 de febrero de 1944, el entonces ministro de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, envió un memorandum al embajador inglés, en el que señalaba que el peligro futuro del mundo era Rusia, la cual podría llegar a dominar Europa. Y este embajador, sir Samuel Hoare, con una visión política que no vamos a comentar, respondía que Europa sería ocupada «por tropas americanas e inglesas de refresco y de primer orden, y que no se hallarían maltrechas y cansadas, como las del Ejército soviético...». «En ese momento, el poder militar más fuerte de Europa será, sin disputa, la Gran Bretaña. Ocupará la posición más preponderante que haya tenido Europa desde los tiempos de la caída de Napoleón»¹⁶.

Como verá usted, señor Whitaker, nuestros «consejeros» se suelen equivocar; por eso nuestra cautela al escuchar sus lecciones.

* * *

Los consejeros económicos del señor Whitaker han hecho una buena labor, pues los capítulos que dedica a estos problemas tienen una información bastante objetiva. Sin embargo, al principio de ésta dice que el plan de estabilización fué aceptado por el Caudillo y sus consejeros «gracias a las presiones que sobre ellos ejercieron las agencias internacionales», con lo cual, sin duda, intenta disminuir el mérito que al Gobierno español pudiera corresponderle por el reconocido éxito de dicho plan. Por otra parte, la conclusión a que llega el autor después de analizar los problemas económicos españoles es que «si la estabilización es un éxito..., la oposición tiene muy poca o ninguna esperanza de mejorar su posición en los próximos años». En cambio, remacha nuevamente en la página 369: «Si el programa de estabilización fracasa o se abandona en favor de un retorno a la inflación, la oposición florecerá y triunfará tarde o temprano.»

Si estas profecías las ponemos en relación con la apreciación anteriormente citada sobre las causas de la puesta en práctica del plan de estabilización, se impone la consecuencia de que las agencias internacionales que presionaron para su aceptación son las responsables de las futuras desdichas de la oposición antifranquista. Y entonces preguntamos: si tan perjudicial es para el mundo occidental la amistad de Franco, ¿por qué se molesta el

¹⁶ V. J. M. AREILZA: *Embajadores sobre España*, 1947.

mundo occidental en consolidar su régimen, incluso por medio de «presiones» en el terreno económico? ¿No se adivina aquí el gran equívoco que anima a una gran parte de los intelectuales de Occidente, que desean ser los primeros en combatir a Franco para sentar plaza de liberales, mientras en su fuero interno desean fervientemente que su régimen siga en pie, pues saben que su desaparición constituiría un peligro, no ya para España, sino para todo el conjunto de naciones occidentales al que pertenece? ¿No se advierte claramente el carácter hipócrita de las recomendaciones de Whitaker y de otros intelectuales tan desorientados como él, de que el Gobierno norteamericano debe «enfriar» sus relaciones con España para salvar la apariencia de su propio prestigio liberal, manteniendo al mismo tiempo la alianza con aquélla, necesaria a Occidente? No sabemos si estos espontáneos consejeros del Gobierno norteamericano se dan cuenta de que la amistad y las alianzas son asuntos en que hay «dos partes», y no una sola, y que los aliados que son buenos para la alianza deben serlo también para la amistad, si no se quiere que aquélla quede sentada sobre bases precarias.

LOS CONSEJOS DEL AUTOR

Y llegamos al final del libro, donde el autor formula sus consejos al Gobierno norteamericano:

«Los compromisos morales y políticos que la asociación con la dictadura de Franco implica a su país» le sugieren al autor tres consejos:

1.º Los Estados Unidos tienen que volver a su actitud fría y correcta de 1953 con referencia al dictador español.

2.º Los Estados Unidos deben cesar en el intento de que otros países compartan con ellos la situación comprometedor de asociarse con España y, por consiguiente, el Gobierno americano debe cesar en abogar por la entrada de ésta en la O. T. A. N.

3.º Los Estados Unidos deben mostrar claramente su contrariedad por la omisión del Gobierno español en llevar a efecto los principios de «libertad individual e instituciones libres» que endosaron al firmar el Acuerdo de Ayuda Económica de 1953 con los Estados Unidos.

Sin duda, Mr. Whitaker estima que las relaciones entre dos pueblos se pueden someter, por una de las partes, al control termostático de la amistad, sin ningún riesgo de que ese enfriamiento pueda traer consecuencias imprevistas.

La defensa de Europa y, como consecuencia, del continente americano, está fundamentalmente basada en la O. T. A. N. Eso hemos oído. También estamos cansados de oír que dicho Tratado no responde efectivamente a sus fines, entre otras causas porque sus miembros no han cumplido sus compromisos militares en forma satisfactoria. Entonces el autor del libro que comentamos, en vez de buscar un medio de fortalecer ese Pacto que, en definitiva, defiende a su propio país, considera que un pueblo como España, con 30 millones de habitantes, situado a la espalda de ese sistema de defensa y profundamente anticomunista, no debe de entrar en él. Sus prejuicios políticos están por encima de la seguridad de su país.

Es curioso que Whitaker considere tan endeble la contextura política de los Estados Unidos, que crea es capaz de desprestigiarse y contaminarse en el trato con España, y, en cambio, no estime peligroso el trato con Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, etc.

Más justa y lógica nos parece la actitud de George F. Kennan, recientemente nombrado embajador de los Estados Unidos en Yugoslavia, en sus manifestaciones ante el Comité del Senado de Relaciones Exteriores: «No es asunto nuestro el decirles cómo deben gobernarse. Si son capaces de mantener una verdadera independencia y de conducir sus asuntos exteriores de manera que nos permita cooperar con ellos, no veo por qué hemos de darles un trato distinto del que concedemos a cualquier otro país.»

CONCLUSIÓN

El problema del mundo de hoy no se plantea, como quiere el señor Whitaker, entre democracia y antidemocracia. El problema se plantea entre comunismo, que tiene una fórmula única y con la cual tratan de conquistar el mundo, y anticomunismo. La fórmula anticomunista no tiene *necesariamente* que ser única: no tenemos más que ver los sistemas políticos de los países que forman dicho bloque para comprobar su diversidad de sistemas de Gobierno ¹⁷.

Los españoles hemos experimentado la fórmula democrática, y ya hemos visto a dónde nos llevó. Comprendemos, como decía Stevenson en un discurso pronunciado el 2 de marzo de 1961 en Nueva York, que a los norteamericanos les sorprende y les duele cuando otros no comparten sus puntos

¹⁷ Véase GREGORIO MARAÑÓN: *Liberalismo y comunismo*, «Revue de Paris», 15-12. Año 1937.

JOSÉ GABRIEL TOLOSANO

de vista. Pero hemos visto, desgraciadamente, que nuestra experiencia no ha sido única, y que otros países con esa fórmula han sido víctimas del imperialismo soviético, sin que las democracias corriesen en su ayuda. Por eso nos mantenemos firmes en nuestras posiciones. Cuando está tan fresca en la memoria de todos esa experiencia de Cuba, creemos que quienes piensan como Arthur P. Whitaker deberían guardar, por lo menos por cierto tiempo, el silencio prudente de quien acaba de fracasar.

JOSÉ GABRIEL TOLOSANO.